

Manual del Distruido

Alejandro Rossi

Ante el Público

32

Siempre me preocupó el público. Ahora lo confieso resignadamente, sin pudores ni altanerías. Pero a los dieciocho años —aquella época plena de masturbación— yo simulaba una indiferencia impenetrable. Admitía comprender el significado de “baño público” y hasta el de “hombre público”, pero escupía, como si fuese un alimento descompuesto, la expresión “público literario”. Logré una admirable mueca de asco: arrugaba la nariz y encogía el labio superior. Algunos íntimos decían que mi gesto era más persuasivo, más contundente que un ensayo de Gorrondona. El aire —según ellos— olía a miasmas y la palabra “público” quedaba para siempre asociada a mis protuberantes y rojas encías. Momentos divertidos, no lo niego, las inevitables bromas de la vida literaria, la tregua que se conceden las vocaciones heroicas. Lástima, sin embargo, que yo mintiera. Sí, mentía, porque en realidad quería llegar a ser un escritor leído en autobuses por secretarías semidormidas, el novelista preferido de esas madres limpias y bobas que encontramos en los parques. El autor de obras voluminosas, devoradas durante las vacaciones, ella sentada en la chaise-longue, flaca, rubia, tostada, sin mirar a nadie, ni al mar ni a los simpatísimos hijos —mucho menos al marido—, aborta en intrigas fuertes y contemporáneas, el científico pacifista perdidamente enamorado de una muchacha cuyo padre fabrica armas, el joven y ortodoxo israelita empeñado en casarse con la sobrina del Obispo, el descubrimiento de que la hermana del industrial, viuda de un conde belga, ama sin ninguna reticencia a un poeta haitiano, negro retinto, aunque editado por Gallimard; la irrupción —en el capítulo trigésimo cuarto— de un extraño personaje de mirada brutalmente luminosa, especie de peregrino sin profesión definida —hay grandes dudas acerca de si es músico o poeta o profesor de química— que calma los ánimos, reconcilia las contradicciones, derrota al Obispo, le revela al fabricante de

armas el misterio de la Primavera y al literato antillano no sólo le sugiere delicadeza con la valiente viuda, sino también le recomienda una estupenda traductora catalana. Creo haberme expresado con claridad: concentrar innumerables lectoras, susurrarles al oído, imponerles mis aventuras, robarles el tiempo, presentar ante ellas los feroces dilemas de nuestro mundo. Esa era mi vocación íntima. Me sobraban dones, facilidad para los diálogos veloces, instinto teatral para los monólogos —sin los cuales es imposible hoy en día saber lo que verdaderamente piensa el padre, la madre, la hija o ese novio tan sospechoso—, abundancia de temas laberínticos pero necesarios y, sobre todo, habilidad para mezclar héroes de diferentes profesiones y clases sociales, la gitana y el físico atómico, el pintor y la dama de corte, la dermatóloga y el numismático, el imposible croupier y la brillante economista. No pude rematar esos proyectos. Conocí a Gorrondona y caí bajo su influencia nefasta.

Me lo presentaron una noche de verano en la terraza de un café. Ya desde entonces le temía a la soledad y se rodeaba siempre de cinco o seis discípulos. Nunca tuvo amigos, sino alumnos transitorios, criadas y algunos canarios. Hubiera deseado un valet, pero era más importante —decía— su fama de heterosexual. Durante media hora todos contemplamos al crítico devorar varios helados de limón. Se limpió la boca con un enorme pañuelo azul y de inmediato me preguntó si yo poseía el Diccionario de la Real Academia. ¡Qué rabia! Tuve que balbucear que mi abuela me lo regalaría el mes próximo. Gorrondona fué tajante: “Cómprolo mañana y nunca dependa de los ancianos”. Luego me contaron que mi sinceridad no le había causado una buena impresión. Veía en ella el reflejo de la educación católica, lo que él llamaba “el espejismo del confesionario”, la fuente de tanta mala literatura. Ya alejado del Colegio, pero acostumbrado a vaciarse cada viernes, el joven escritor no resistiría la tentación de utilizar la blanca página como un sustituto. Todavía guardo una copia mimeografiada de su ensayo *Arte, Religión y Ego*, un título inmenso para unas ideas minúsculas y arrogantes. ¡Pobre Gorrondona! No hay que olvidar que atravesaba un período difícil: las mujeres lo abandonaban

sin explicación alguna. Corrían rumores, claro está, rumores desgraciadamente verídicos, me temo. En fin, miserias humanas que pasaré por alto. Lo importante es recordar la severa preceptiva que imponía Gorrondona. Me prohibió, al principio, cualquier lectura que no fuera el diccionario de la lengua. Sólo así sentiría yo la vastedad del idioma, la complejidad de esa imponente maquinaria que, por lo general, tritura a sus obreros. Conocerla a fondo es un sueño irrealizable pues se ha formado a lo largo de siglos y nosotros apenas disponemos de treinta o cuarenta años. El resto no cuenta, son vagidos o cabeceos seniles. Escribir bien —concluía— es imposible. Supone la inmortalidad, ser un contemporáneo de todas las etapas del lenguaje, la única manera de comprenderlo a fondo. Un escritor vanidoso es, entonces, un artesano irresponsable, un suicida literario, un ignorante, una peste que no debemos tolerar. Quería ser frío Gorrondona, quería ser demostrativo, pero se exaltaba, sudaba demasiado, ya era gordo, no cabía en la silla, quizá un fanático, nunca un razonador. Para quebrarnos la vanidad —e impedir así las venganzas y las iras del Lenguaje— nos obligó a no publicar una sola línea. Perdía los estribos y gritaba que prefería las almas inéditas a los cadáveres impresos. Fue horrible: mi gran amigo Jaime Leñada prácticamente se desahizó. *La Barrica Dorada*, aquella revista orgullosa y millonaria, le había aceptado un fragmento del canto a Darwin, un sereno homenaje en octavas reales a la ciencia y a la marina británicas. Lo acompañé a la Redacción. Leñada temblaba. Para mi gusto le devolvieron los originales con excesiva rapidez. Yo también me sometí a la disciplina y archivé un breve cuento, una historia modesta pero de buena factura, el encuentro imprevisto entre Robespierre y Magallanes. Una parábola, naturalmente. La guardé en un cajón desatendiendo las indicaciones de Gorrondona. El crítico, en efecto, exigía la destrucción de todos nuestros materiales. Escribir y olvidar. Romper las cuartillas, desterrar de la memoria las frases amadas y los versos predilectos, no envanecer nos de nuestras mediocres hazañas. Recordar, por el contrario, que nuestro trabajo es apenas un reflejo turbio y lejano de la gran Maquinaria. Esos adjetivos, esos ritmos —me dijo un día— son un charco de agua sucia.

Las lecciones de Gorrondona me transformaron en un nudo dialéctico. Me convencí de la majestad del Lenguaje, es cierto, pero mantuve mi oceánica avidez de lectores. Una cosa rara, una especie de necesidad biológica que permaneció inalterada no obstante haber yo aceptado la tesis mayor del maestro, a saber, la deprimente idea de que el público corrompe. Se trataba, claro está, de teoría pura, límpida, cristalina, no envenenada por experiencias personales pues Gorrondona —¿quién no lo sabe?— jamás fué un favorito del público. Nadie lo halagó, nadie lo corrompió, probablemente nadie nunca lo leyó. Y, sin embargo, hablaba del público como una entidad diabólica, empeñada en pervertir al artista solitario. La sociedad moderna —la educación masiva, agregada con asco—, ha creado el neolector, ese monstruo que ha cursado la primaria sin perder los hábitos del paleolítico, ese híbrido para quien la gran literatura es un poderoso narcótico. El misterio suscita angustia y ésta, a su vez, agresividad; luego, el verdadero escritor se convierte en un enemigo. Pero por otra parte —Gorrondona podía ser enloquecedoramente didáctico— la industria desea cautivar esa enorme clientela y, por consiguiente, se requieren libros especiales, libros increíbles. El Autor, sobre decirlo, es el elemento esencial. Hay que mirarlo, sacarlo del pequeño departamento maloliente, que olvide los interminables auto-

buses, las librerías de viejo, los cafés sombríos, las amistades inútiles, la melancolía, que use lino irlandés y popelinas suaves, que se acostumbre a las casas rodeadas de cipreses, a los paisajes célebres, que no le tema a las entrevistas, a los premios o a las mujeres imponentes. Para el neolector será una figura bella y anhelada. Lo escuchábamos en silencio, sin chistar, Gorrondona odiaba las interrupciones, los diálogos, las opiniones ajenas. El público corrompe me repetía yo tristísimo y, sin embargo, confieso que era difícil imaginarme al flaco Leñada perseguido por una lujosa neolectora que lo busca a las seis de la tarde y lo devuelve —exhausto— a las diez de la noche, ya cenado, ostras y vino, blanco, seco, penetrante. Dudas insidiosas, lo admito, pero insuficientes para abandonar la visión trágica impuesta por Gorrondona. Juré protegerme.

La situación no era fácil. Quería satisfacer mi apetito de público, pero también conocía los castigos del Lenguaje y las astucias de los neolectores. Viví años terribles, la pluma seca, la amistad de Leñada, el derrumbe de Gorrondona. Fui perseverante, sin embargo, no traicioné, me hundí en el anonimato y un día —enigmas de la bioquímica o de la religión— di con la solución justa: dominar al neolector, acercarse a él, sí, pero sin complacerlo, no permitirle ninguna libertad, doblegarlo, hacerle sentir que quien manda es el escritor. Imaginemos a una neolectora recostada sobre una otomana. Abre mi nuevo libro *Lucas de Bengala* y —capricho típico— comienza a leer el tercer cuento. Pasa así por alto la secuencia laboriosamente planeada. La venganza es inmediata: en el primer párrafo Laura le ruega a Augusto que le cuente su vida y éste, un hombre comprensivo aunque impaciente, le remite al segundo cuento de una obra soberbia, escrita por un amigo suyo y cuyo título es... *Lucas de Bengala*. Una lección y a la vez un alarde técnico. La neolectora, ya un poco menos altanera, acompaña a la pareja al oscuro restaurante y advierte que Augusto no se anda con bromas, que sólo piensa en aquello. La neolectora sueña, se regodea, cruje la otomana, pero cuando llega el momento decisivo yo escribo: "La besó, la arrinconó, le mordisqueó el cuello, la desvistió, le acarició los amplios senos y le explicó la plusvalía". Que sepa que los personajes actuales también manejan conceptos macabros. Es posible que al iniciar mi cuento más entrañable, el sexto, ya yo dude acerca de quien lleva la batuta. Mejor para ella, porque esa historia simple y honda es feroz con los neolectores. Los encaro frontalmente y elimino cualquier movimiento autónomo. Si digo que Lázaro, frente al lago, le apretó la mano a Antonieta, interrumpo la acción y le informo a la neolectora que el protagonista no pretende ser cariñoso, ni demostrar su fuerza, ni seducirla y mucho menos ordenarle que se arrodille. Tampoco se trata de un movimiento automático. ¿Qué quiere Lázaro, entonces? Ya lo dije: apretarle la mano. Cuando Antonieta —alarmada por la apatía de su compañero— le sugiere un paseo en lancha, Lázaro sonrío. La señora de la otomana tal vez piensa que Lázaro asiente. Y yo le replico, con una violencia seca, que no es así, que a Lázaro no le interesa la navegación lacustre, que Lázaro no sonrío porque recuerde aquella graciosísima escena de su infancia. Lea señora, siga las instrucciones, no imagine nada, yo soy el escritor, no usted. No es una sonrisa irónica, no es una sonrisa histérica, no es una sonrisa desesperada. Antonieta propone y Lázaro sonrío. Eso es todo. Creo, sinceramente, que al finalizar la narración habrá una neolectora menos. Es mi homenaje al espantoso Gorrondona, el hombre que me alejó del público.